

En las novelas y relatos de Alfredo Bryce el mundo se ha vuelto subjetividad, lenguaje preformal, y revela su arbitrariedad y su crudeza en el monólogo dramático y cómico que lo reemplaza. El mundo hecho habla del yo es más libre, apasionado y vibrante. La novela, por lo mismo, busca otra noción de la existencia cotidiana, otro orden del sujeto en el mundo. Y se propone como el primer documento de ese lugar, más real por más personal.

En una autodefinición típica del discurso pre-freudiano, José Martí pudo escribir: "Yo soy un hombre sincero", porque las palabras dicen el mundo y la certeza se establece en ese consenso. Además, semejante declaración del heroísmo romántico del yo implica la transparencia entre el yo y el mundo, mutuamente definidos.

El sujeto de las novelas de Bryce ya no podría emitir una declaración tan explícita. Post-freudiano, no sabe del todo quién es, aunque los otros le dan una identidad plena. Pero nostálgico del discurso romántico (donde el yo se expande en la personificación y la pertenencia, raigal y motivado), se autorrefleja en la retórica de la sinceridad: cuenta, recuenta, da testimonio, acopia testigos, documentos, cartas, provee de alegatos, implica su defensa, sustituye a su fiscal, y se absuelve en el ridículo y en el fracaso.

Todo ello da cuenta de su estrategia discursiva: actuar por exageración y simpatía en la comedia de errores de la confesión exhaustiva. Por eso Felipe Carrillo al comienzo de su confesión advierte: "Nada de ocultarle detalles al lector para vender el producto...Nada tampoco de ser mínimamente experimental o de dejar lazos sueltos por ahí para que cada lector, con eso tan moderno de que cada libro es tantos libros cuantos lectores tiene, saque sus propias conclusiones, ate sus propios cabos, etc."

O sea, la confesión es pre-literaria y no sólo pre-discursiva: muchas interpretaciones la devolverían al mundo real; ella misma es ya todas las interpretaciones posibles: el mundo (los otros) habla a través del yo monologante. Hasta el tribunal delirante (el lector, pero antes el tribunal de amigos que asiste, en ambos sentidos, al ritual del penitente oral) está implícito en el monólogo.

La confesión es la sustitución total. Sustituye el todo del mundo por la parte del habla. Y de allí la verificación final: "Lo único que ha cambiado en mi vida soy yo", pues en el todo vivido la parte del yo es el eje cambiante. La sinceridad del sujeto confesional es el hilo del laberinto, en cuyo final el inconsciente alegoriza en el **negativo** de un retrato (destruido) la pérdida de la pareja **original** (victimada por Edipo). Geneveva y Eusebia (blanco y negro de la misma foto) dejan, por ahora, al sujeto con su monólogo **in vacuo**.

¿Conócete a ti mismo? Más bien, conoce al tú mismo. Es en el Otro donde el yo, al final, recupera la certidumbre de su humanidad en el naufragio, ese Otro que está en el yo dicho y redicho en la cámara oscura de la página de las auto-revelaciones.

¿Es posible sostener, como hace Bar-



Esperando a Bryce

Escribe Julio Ortega

Este es el año fausto de Alfredo Bryce. Los 25 años que cumple *Un mundo para Julius* su ya clásica novela, coinciden con su consagración a la cabeza de una reciente encuesta sobre las mejores novelas peruanas. Y el escritor acaba de publicar en España *No me esperen en abril*, novela que tiene a Julius como uno de sus personajes. Mientras aguardamos la llegada a Lima de su libro (o su edición peruana) publicamos este estudio de Julio Ortega y una reseña desde España de su reciente novela. (F. de C.)

thes, que el novelista decide codificar su "yo" en una tercera persona, en un "él"? No este novelista, en todo caso. En **Un mundo para Julius** el yo se descodifica del tú socializado para protegerse en el tú emocional como yo sustituido. En **Martín Romaña** y **Octavia de Cádiz** el yo busca más bien darse un lugar fuera de los códigos, en el lenguaje y la marginalidad. La tiranía de los códigos lo persigue incluso en París, donde la familia burguesa lo condena al ostracismo del extremo desclasado, el extranjero.

En **La última mudanza de Felipe Carrillo** se enfrenta a la cadificación

epélica, perdiendo en la partida pero dando, justamente, refugio al yo, suturado por el lenguaje. Se trata de un yo supérstite (que no tiene equivalente en el Museo del Hombre); despojada de historia y de razón social, hecho por su peculiaridad lingüística, su raigambre ideoaffectiva (fantasmática) peruana, su exilio franco-español; y por el lenguaje fabulado de estas concurrencias que lo interpelan y descentran al contacto de los varios "tú" codificados por más robustas y determinantes constituciones.

El tú que este sujeto busca para descodificarse en compañía es el otro signo flotante: los personajes excéntricos

y exagerados, libres e irresueltos, que son de una existencia paralela, trashumante y pasional. Esa vida alucinada declara la nostalgia de otro mundo. Y demanda una certidumbre desinteresada y gentil.

Porque el diálogo resitúa a los hablantes en un contar de los contares, en la fábula de la comunicación plena. Ese diálogo es el espacio literario, espacio previo al infierno social, que está rehaciéndose en nosotros, allí donde escribir es siempre empezarlo todo otra vez, sin otro sentido de continuidad que una mayor intimidad con el tú oyente y leído.

Desde otro punto de vista, Bryce ha prolongado las exploraciones de una escritura del exilio en la cual escribir es conatural al exilio del sentido (Blanchot). Ni interior ni exterior, ni voluntario o forzado, el exilio es el horizonte de la escritura, y sobre él ésta levanta su delgado alegato, hecho de zozobras y apelaciones. Que el significado mismo se aloje no fuera sino dentro de la página, no hace sino más decisivo el papel del tú convocado en el largo rodeo por llegar al yo.

Autor/actor ese yo es el lector/interlocutor. De donde se deduce que estas novelas nos conducen, con su temporalidad objetiva exacerbada, a la tierra del exilio: al margen desde donde podemos ver el mundo como un proyecto de otro mundo. No uno más necesariamente habitable sino uno menos determinista de la posibilidad de leerlo como si se hiciera en la página.

Ese "como si" anuncia la política de la lectura; el posibilismo, la especulación, la hipérbole, la reducción al absurdo, la digresión de una activa equivalencia, instrumentada para destapar o desfondar los edificios represivos instaurados en el lenguaje. Ese "como si" también indica la abundancia del sentido, sin lugar inmediato pero virtual y poderoso.

Alfredo Bryce podría ser, en esta espiral fabulada, una de las encarnaciones de A.O. Namabooth, el escritor peruano imaginado por Valery Larbaud. Tendría, de ese modo, una existencia enteramente escrita. Escrita por sus personajes que dicen "yo" y que constituyen un sujeto capaz de hablarnos de "tú". Sólo que, peruano y latinoamericano indudable, Bryce ha dado forma al linaje de un Barnabooth afincado en un doble exilio, el de ambos mundos, alternos y superpuestos. Entre Europa y América ha elegido la escritura, esa ratificación radical del exilio como el margen más fecundo entre las partes presueltas.

El proyecto narrativo de Bryce se cumple como una fascinante aventura de ampliación de los poderes de personalización de la novela. Una novela capaz de dar cuenta del recommienzo al final de la historia, y del sujeto en diálogo al final de la sociedad sobrevivida. Para ello cuenta con la mayor capacidad de la cultura latinoamericana: la de comunicar sin tregua las venturas y desventuras de un "yo" en proceso de hacerse "tú". Ese proyecto sigue abierto y nos ha dado ya varias instancias memorables de su fascinación con el cuento de hacer y rehacer al cuentista contado, que es, por definición, un cuento de no acabar.